



DE MARRUECOS

Nuevas noticias de los combates en Beni-Aros

El teniente coronel Ponte, gravemente herido. Los moros cañonean intensamente Alhucemas

LAS MEJORES CRONICAS DE LA GUERRA

Cómo mueren los soldados

(Recomendada en nuestro Concurso. Lema: "Luz.")

Aquel soldado me había interesado extraordinariamente... Pasó una hora larga, larga, para mí toda llena de sobresaltos...

los jergones de la tienda para no levantar... Porque también a mí las fuerzas me faltaban, me vestí, y sentado en la cama quedé frente al agonizante...

porque también a mí las fuerzas me faltaban, me vestí, y sentado en la cama quedé frente al agonizante. No podía separar los ojos de sus ojos entreabiertos...

Dos sanitarios llegaron con gran calma y, casi a rastras, le colocaron sobre la cama inmediata a la mía...

La monja elevó las manos hasta la cabeza en una súplica. Los sanitarios llegaron precipitadamente con frascos, gasas y aguja, y el médico aplicó la inyección...

Durante la comida y la sobremesa, que se prolongó hasta pasadas las cuatro, el tema de la conversación fué Marruecos. Como era natural, tratándose de una fiesta íntima, no hubo discursos...

Notas de Madrid

El general Castro Girona

Como ayer dijimos, el lunes, e invitados por nuestro compañero en la Prensa don Francisco Gómez Hidalgo, almorzaron en el Palacio del marqués de Alhucemas...

Ayer martes, a las once de la mañana, estuvo en la Presidencia el general Castro Girona, conferenciando con el jefe del Gobierno por espacio de más de una hora sobre el problema de Marruecos...

Pidiendo la reducción de los contingentes de Marruecos. El Sr. Elias de Molins ha formulado en el

Senado, por escrito, el siguiente ruego al ministro de la Guerra:

«Es un hecho que, por efecto de la guerra en Marruecos, han sido arrebatados a nuestra agricultura millares de brazos, causando irreparables perjuicios...

El regimiento de la Reina. El coronel del regimiento de la Reina ha enviado a los periódicos la siguiente rectificación a unos rumores que circularon relativos a determinadas actitudes de la oficialidad de dicho Cuerpo...

El alto comisario. El jefe del Gobierno tenía ayer tarde la impresión de que el general Berenguer saldrá hoy para Madrid. Llegará por tanto el viernes, como habíamos anunciado...

Nuevos conflictos? Un periódico recoge el rumor de que en la Comandancia general de Melilla existe algún rozamiento entre el general Ardanaz y los inspectores generales de distintas Armas y Cuerpos...

Se suprimen los cuadros eventuales, menos los del Tercio e indígenas. El «Diario Oficial» de Guerra publicó ayer las siguientes reales órdenes: «El rey (q. d. g.) se ha servido disponer que queden suprimidos los cuadros eventuales que para cubrir bajas en las unidades expedicionarias del ejército de operaciones en África se crearon por real orden de 21 de Octubre último...

«El rey (q. d. g.) se ha servido disponer que queden suprimidos los cuadros eventuales creados por real orden de 3 de Noviembre del año próximo pasado, subsistiendo tan sólo los correspondientes a los grupos de Regulares, Tercio de Extranjeros y Policía Indígena, creado este último por real orden de 25 de Septiembre de 1919, y que las vacantes de sargentos que en lo sucesivo se produzcan en las unidades, cuyos cuadros desaparecen, sean cubiertas directamente por los Cuerpos a que pertenecen...

res; no le es dado crear costumbres por decreto, sino consignar esas costumbres y adherirse a ellas, sin la esperanza necia de que han de ser eternas...

«Si damos un valor absoluto a la norma—escribió Duguit—(Droit Const.), como elaboración social y al Derecho como exigencia subjetiva, la antinomia no se resuelve como no sea por la eliminación de una de las dos nociones. Es preciso que la imposición de la solidaridad social no sea una simple imposición de fuerza, sino una expresión de la coincidencia íntima de las reacciones psíquicas individuales en la elaboración de una vida y de un ideal común...

«Será mucho pedir a nuestros gobernantes que legislen un poco menos y ayuden un poco más al desenvolvimiento de la cultura, de la riqueza y de los medios estimulantes de la normalidad en las relaciones sociales? Ello nos parece obligado. Entre tanto todos guardamos con respeto esa legislación, que pretende en vano llenar el tonel de Danaides de la vida jurídica; pero temiendo siempre que no se cumpla, así como dentro de cada manifiesto legislativo suele haber un déspota, en cada obligado por una ley absurda suele haber un rebelde casuista...

ANTONIO ZOZAYA

PEDID EN TODAS LAS LIBRERIAS

«Del desastre al fracaso»

por F. HERNANDEZ MIR

Precio, 4 pesetas

Los corresponsales y libreros deben hacer sus encargos a la «Editorial Pueyo», Arenas, y a la Administración de este periódico, Sacramento, 5.

Letras aragonesas

«Los vagos del Monasterio» (narraciones zaragozanas), por Tomás Royo Barandiarán

Para seguir el consejo del clásico de «inscribir delectando», ningún medio más adecuado que el de la narración amena y curiosa en que se presentan al lector cuadros sencillos de la vida real en los tiempos pasados. Tal hace el distinguido escritor aragonés Royo Barandiarán en el precioso libro que motiva estas líneas...

Los justos encomios que el doctor Royo Villanova, en su presentación, y D. Juan José Lorente, en sus «Dos palabras» de epílogo, dedican a esta obra excelente, serán suscritos, y seguro, por cuantos tengan el buen gusto de leerla.

FOLLETON DE «LA LIBERTAD» 83

Los misterios de París

POR

EUGENIO SUE

—El otro día, volviendo Barbillón, el Cojo Gordó y el Esqueleto de la casa de la viuda de Marcial el guillotinado, que tiene una taberna en la isla de Ravageur, trabaron una disputa con el marido de una lechera que viene todas las mañanas con un carrito tirado por un pollino a vender leche en la Cité, esquina a la Drapería Vieja, cerca de la taberna del Conejo Blanco, y lo degollaron en un santiamén...

—Ya quisieras saber lo que hablamos! ¿Es verdad, tú, patizambo? —Habláis de la viuda de Marcial, que vive en la isla de Ravageur, cerca de Asnières, y a Francisco y Amanda que son el batidero de la casa... Pero en seguida hablasteis de «rastrar» a no sé quién... y eso es, sin duda, calor.

—Sí, por cierto; si eres buen muchacho, te lo enseñaré, porque vas entrando ya en la edad en que puede servirte. ¿Tienes ganas de saber el calor, gorrión?

—¡Ya se ve que sí! Mejor quisiera andar con vosotros que amasar las drogas del viejo Bradamanti. Si supiera en dónde tiene escondido el «veneno de los ratones para la gente», le había de echar un poco en la sopa para que fuese a sacar muelas al otro mundo.

—¡Toma! Porque se lo oí decir un día que me escondi en la alcoba del cuarto en donde tiene las botellas, y las máquinas de acero y los pucheros.

—¿Y qué le has oído decir?... preguntó la Lechuza.

—Le he oído decir a un señor, al darle unos polvos envueltos en un papel: «Si estuvierais a mal con la vida, en tomando tres dosis, os quedaríais para siempre dormido sin mal y sin dolor.»

—¿Quién era ese señor?... preguntó el Maestro de Escuela.

—¿Y después? —Después? Me gobernó de manera que supe el nombre del señorito.

—¿Y cómo lo supiste?... preguntó el Maestro de Escuela.

—¡Toma! ¿Soy algún tonto? Me metí de sopetón en la portera de la casa de la calle de Chailion, porque el señor no volvía a salir, y viendo a un portero muy empolvado y con librea de cuello amarillo galeonado de plata, le dije de esta manera: «Señor portero, vengo a buscar cinco francos que me ofreció el amo de esta casa por haber hallado su perro, que le he entregado ya; un perrito negro que se llama «Trompeta», y por más señas que el caballero, que es moreno, bigote negro, levita gris y pantalón azul claro, me dijo que vivía en la calle de Chailion, número 11, y que se llamaba monsieur Dupont.»

—«El caballero de quien hablas es mi amo y se llama el señor vizconde de Saint-Remy. Aquí no hay más perro que tú, hipócrita... ladronzuelo, y así, lígáte o te rompo las costillas para enseñarte a robarme cinco francos», me dijo el portero, dándome un soberano puntapié... No importa—añadió el Cojuelo con aire filosófico—; ya tenía en el cuerpo el nombre del señorito de bigote negro, que habla comprado a mi amo el veneno de ratones para los hombres cansados de vivir; se llama el vizconde de Saint-Remy, my, my, Saint-Remy—añadió el hijo de Brazo Rojo, salmodiando las últimas palabras, como tenía de costumbre.

—¿Tú quieres, sin duda, que te coma crudo, hierro pichón del alma!—exclamó la Lechuza besando al Cojuelo.—¿Habrá en el mundo un diamante como éste? ¡Quién tuviera la gloria de ser tu madre!

La puerta estrechó en sus brazos al Cojuelo con una expresión grotesca. El hijo de Brazo Rojo, profundamente conmovido por esta prueba de afecto, manifestó a la vieja su agradecimiento, diciendo en alta voz: «¡No tenéis más que mandarme y veréis cómo os obedezco y os sirvo!

—También te aseguro que no te pesará. —Yo quisiera más bien andar en vuestra compañía.

—Ya arreglaremos eso con tal que seas buen muchacho, y tú no nos dejarás tampoco, ¿es verdad, amoroso?

—No—dijo el Maestro de Escuela—. Me conducirás como a un pobre ciego, dirás que eres hijo mío, nos introduciremos en las casas y si es menester mataremos a...—añadió encolerizado el asesino—. Con la ayuda de la Lechuza podremos dar aún algunos asaltos... Yo haré ver a ese demonio de Rodolfo que me ha robado, que sirvo todavía para algo... Me ha robado la vista, pero no me ha robado la facultad de hacer mal; yo seré la cabeza, el Cojuelo los ojos, y tú, Lechuza, serás las manos, y todo irá a pedir de boca.

—No sabes que soy tuya con alma y corazón, amoroso? —No sabes que cuando salí del hospital y supe que habías preguntado por mí en la taberna de la Pelona me fui derecho a la aldea en donde estabas y he hecho creer a aquellos aldeanos que era tu mujer?

Estas palabras de la tuerta despertaron en el bandido recuerdos desagradables, y cambiando súbitamente de tono con la Lechuza, dijo con voz colérica: —Sí, ya me cansaba de vivir solo entre aquella gente honrada; al cabo de un mes ya me moría de tedio... Entonces se me ocurrió llamarte a mi lado, que ojalá nunca lo hubiera hecho—añadió con tono más irrita-

do—; al día siguiente de tu llegada me robaron el resto del dinero que me había dado aquel demonio de la calle de las Viudas. Si... me robaron mi cinco lleno de oro mientras dormía, y sólo tú eras capaz de tal acción; por eso me encuentro ahora a tu merced. ¡Cada vez que me acuerdo de esto, no se cómo no te mato, vieja ladrona infernal!

Y dió un paso hacia la Lechuza. —¡Cuidado con hacer mal a la Lechuza!—gritó el Cojuelo.

—Os mataré a los dos juntos, canalla endemoniada!—gritó el bandido lleno de rabia; y oyendo hablar a su lado al hijo de Brazo Rojo, le descargó un puñetazo tan furioso que, a no separarse a tiempo el muchacho, le hubiera quitado la vida.

Resuelto el Cojuelo a tomar venganza por sí y por la Lechuza, cogió una piedra, apuntó al Maestro de Escuela y le dió con ella en medio de la frente. El golpe no fué de peligro; pero causó un agudo dolor al bandido, así de repente como el rayo de la redención. Él se levantó de un salto, dió algunos pasos hacia delante y se detuvo.

—¡Salta! ¡Que te despeñas!—gritó la Lechuza riendo a carcajadas.

A pesar de los infames lazos que la unían a aquel monstruo, vela por muchas razones con una especie de alegría feroz el miserable anonadamiento de un hombre antes tan temible y tan preciado de su vigor descomunal. La tuerta justificaba en su clase el terrible «¡oprah! oia! un ouio! oia! ap ouah! onb!» siempre sentimos alguna satisfacción con la desgracia de nuestros mejores amigos. El odioso niño de cabello amarillo y hoco de hurón participaba de la alegría de la vieja, y al ver que el Maestro de Escuela daba otro paso con furor, gritó: —¡Abre el ojo! ¡Salta, que hay lodo!











